

# ACTIVIDADES NO ESENCIALES

---



*Lo que venga no tendrá en ocasiones mucho que ver con lo que se esperaba; lo que se anhela no tiene mucho que ver con lo que se realiza. ¿Y se ha de volver, por eso, triste la vida? Seríamos necios si lo consintiéramos. En ella caben más sorpresas de lo que nos es dado imaginar; ella toca siempre en la ventana del corazón con fuerzas nuevas y nuevas alegrías.*

**Antonio Gala**

De acuerdo con la medida excepcional de Pedro Sánchez, todos los trabajadores de actividades no esenciales debían quedarse en casa durante dos semanas. Dos semanas que se convirtieron en cuatro, seis, siete. Una vez eliminada la posibilidad de salir, la residencia artística fue más fiel a lo que una vez Antonio Gala concibió para nosotros: las fecundaciones cruzadas ocurrían a diario, mientras tomábamos el sol o bailábamos en el claustro.

Dentro de estas páginas, los residentes de la decimoctava promoción, los que vendrán después y los que pautaron el camino antes de nosotros, encontrarán una ventana al hogar que construimos aquí durante el tiempo de encierro.

Los textos e ilustraciones —reflexiones hechas a propósito del coronavirus— van dedicados a quienes hicieron posible nuestra permanencia en la Fundación y apostaron por lo inútil que podría parecer materializar una obra de arte, escribir un libro o planear exposiciones durante la pandemia. Lo que podría ser menos esencial se vuelve motor de nuestra supervivencia. Al resto del mundo le robaron la vida y los planes. A nosotros nos dieron un regalo: el privilegio de seguir haciendo de las actividades no esenciales un refugio y cumplir el deseo de dedicarnos siempre a la creación.

## Inmortales

*Un caso en Madrid, otro más, otro. El primer caso en Córdoba... Pero no hay que preocuparse porque a nosotros nunca nos pasa, nosotros no morimos, nosotros somos inmortales. Si en Madrid cunde el pánico es porque las multitudes incitan a la histeria. En Italia se han vuelto locos, seguro que la situación no es tan grave. Y todo pasa en segundo plano, es la ambientación lejana de otra historia más relevante. El virus se esparce por todos lados, pero aquí solo lo observamos de lejos, hablamos de él, bromeamos, especulamos, sabemos que nunca va a llegar.*

Es jueves y salgo a la calle porque necesito conseguir recetas médicas. Veo a dos turistas con mascarillas, pero todo parece normal. En el mostrador de la clínica un cartel indica que guarde una distancia de seguridad de un metro y medio. Me dicen que vuelva más tarde y, en vez de volver a la Fundación, voy a comprar snacks porque empiezo a sentirme nerviosa. Mientras camino me llama mi hermano mayor. Es médico militar de profesión y está destinado en Irak. Él también cree que la gente es un poco histérica, nos reímos de los que se llevan todo el papel higiénico. Dice que probablemente nos pongan en cuarentena, pero será poco tiempo. En Semana Santa podré volver a casa, nada de qué preocuparse. En el supermercado hay falta de alimentos y yo saco una foto de las estanterías vacías. Nunca imaginé que eso pasaría aquí. Al salir me llama mi madre. Me parece raro, nunca llama a estas horas. Ella vive en Madrid. Me dice que mi otro hermano tiene el virus, que se van a encerrar en casa. Creen que el sábado declararán la cuarentena. Y será larga, mínimo un mes. Puedo tomar un tren al día siguiente y pasar ese tiempo con ellos o quedarme en la Fundación y verlos en verano. Va a ser una época complicada, me dice. Lo hace parecer real.

Los miedos de la gente, que antes me producían diversión y curiosidad, ahora son mis miedos. No entiendo en qué momento se han cambiado los roles.

Llevo toda la semana con el ánimo caído, le había echado la culpa a la regla, pero viene de más atrás. Estoy contando los días para que llegue Semana Santa y ahora me da pánico que, si me quedo, no llegue nunca, que entremos en un bucle sin tiempo,

todos los días raros e iguales, sin saber cuándo podré volver a casa. También me da miedoirme, no ser capaz de escribir en otro lugar y que me olviden mis compañeros. Ninguna opción es buena, todo está rodeado de la misma incertidumbre y me aterra. Descubro que prefiero pasar miedo cerca de mi madre, pero me oculto esa verdad a mí misma, disfrazándola de indecisión. No quiero reconocermme tan pequeña, tan dependiente, tan débil.

De vuelta a la Fundación me como de golpe casi todos los snacks que he comprado. Mi padre me llama para aconsejarme que me quede, a él tampoco le parece que sea para tanto, pero ya estoy comprando los billetes. Mi madre me da indicaciones para el viaje, no tocar nada, lavarme las manos en el baño del tren, sentarme alejada de los otros pasajeros... El vagón está prácticamente vacío. ¿Qué clase de loco iría a Madrid? Ahora todo es más grave, inmediato y peligroso. Yo sigo siendo inmortal, pero la gente de mi alrededor ya no lo es. Atocha aparece desierta ante mis ojos, tomo varias fotos porque no me lo creo.

De repente me siento excitada, afortunada por haber visto la estación vacía. El miedo sigue allí, pero mil escenarios de historias se escurren por mi mente. Ahora soy la protagonista de una novela apocalíptica, todo es irreal de nuevo...

Por cierto, el pato vino a visitarnos dos veces.

“Se dice, se comenta” que es una pata. Y como me da igual lo que sea, he decidido que a partir de hoy es un pato. “Se dice, se comenta” que soy tránsfoba.

Pero vamos, que no es nada que me sorprenda, porque precisamente el otro día, la misma persona que lo decía, comentó que yo era homófoba por reírme de una película que trataba la homosexualidad en Italia. Y yo me río a todas horas. Lo sorprendente sería que alguien se sorprendiera porque yo me río.

Apunto: era una comedia. Y el susodicho tampoco sabía en qué parte de la película me había reído, aunque, si tengo que decir la verdad, me había reído la hora y media que duraba. Porque era una comedia.

Y tampoco es que quiera alargarme mucho. Todo esto es muy confuso y absurdo en su muy justa medida. Aunque supongo que necesario y, sobre todo, divertido. O igual no, depende de los ojos del que lo lea o lo viva, porque vivir aquí cambia la concepción de absolutamente todo. De todo lo confuso y divertido.

Hay quien lo tomará como algo destructivo, pero ¿quién ha dicho que eso sea malo? Me llevo lo mejor de cada uno, y lo peor, ¡qué leches!

Espero ver al pato más veces.



### Carta desde la última trinchera

Y sí, todavía respiramos. [...] El viernes 13 de marzo el Gobierno Español decretó oficialmente el Estado de Alarma en toda la nación. [...] Decidí quedarme junto a otros once residentes: las artistas plásticas Alba Lorente, Ana Pavón, Lucía Tello, Rosa Aguilar, Paula Sánchez y María Rosa Aránega; la música Paloma Pitaya y los escritores y escritoras Borja Moreno Martínez, Kevin Cuadrado, Carmen Rotger Ordóñez y Estefanía Arista. Porque entiendo que la cultura vence a la histeria y que nuestra lucha está aquí dentro, entre estos cuatro muros, desarrollando cada uno de nuestros proyectos hasta el final.

Cada mañana me levanto cuando suena la campana a la hora del desayuno, con la incertidumbre de si habrá aumentado el número de víctimas fuera, si le tocará a alguien de mi familia ese día; si, como muchos de nuestros amigos, tendremos que resignarnos a ver morir en la distancia a nuestros seres queridos, sin poder despedirnos. Y con esas dudas escribimos y pintamos, porque es lo que tenemos que hacer, porque en todo proceso creativo existe una parte de desasosiego.

Todas las promociones anteriores entenderán a lo que me refiero cuando digo que no siempre convivir es fácil, igual que ocurre en las mejores familias. Pero si algo ha merecido la pena de aguantar aquí, en la última trinchera de la cultura cordobesa, son los pequeños gestos de cada una de las personas que hoy por hoy viven bajo este mismo techo, incluidos Esther Villaescusa y Luis Cárdenas, amigos y faros que iluminan nuestros caminos en los momentos más oscuros.

Todas las tardes a las ocho, subimos al mirador para aplaudir al personal sanitario, por supuesto, pero también a los basureros, las barrenderas, los cuidadores, en definitiva todos aquellos trabajadores del sector público que son, aunque a algunos se les olvide, quienes vertebran nuestro país y que durante los últimos años han visto cómo sistemáticamente sus derechos han ido reduciéndose. Cómo los recursos que deberían haber ido destinados a innovación, ciencia y sanidad, tres de los pilares que conforman un Estado pleno e igualitario, se han invertido en rescatar a bancos y entidades financieras.

Desde lo alto vemos balcones y azoteas atestadas de cordobeses agradecidos y pienso que debemos dejar de hablar de recesiones económicas y remarcar las recesiones sociales, decir bien alto y claro que las políticas neoliberales han provocado un empeoramiento, evidenciado en esta crisis, de las condiciones de vida y trabajo. Porque el COVID-19 no entiende de idiomas, pero la precariedad tampoco, porque si de algo sí que entiende el virus, es de clases.

Desde mi confinamiento en este entorno privilegiado, solo puedo vitorear el esfuerzo de miles de personas, muchas de ellas amigas y amigos, que en estos momentos están poniendo en riesgo su vida por salvar las de otros. Porque no son héroes y debemos parar de romantizarlos usando ese tipo de términos que no contribuyen sino a normalizar la precarización de sus empleos. No son héroes, son trabajadores y trabajadoras de un sector que es vital para la estabilidad de una sociedad. Ahora y hace seis meses. Por eso aplaudo.

Mientras tanto, intentamos que la cultura también cumpla su función social, que sirva para encontrar consuelo en medio de la adversidad y para llenar el tiempo de esperanza. Trabajamos en el segundo número de la revista de creación *La Novicia*, en libros de poesía, cuadros, obras de teatro que el día de mañana nos ayuden a ver la vida de una forma más humana y no olvidar los errores cometidos. Porque no hay cultura ni sociedad que pueda avanzar sin memoria.

Al final, esta casa se ha convertido en lo que quería Antonio Gala cuando la imaginó: una familia unida, un espacio de resistencia desde el que gritar intensamente, un oasis en mitad del desierto en el que se ha transformado Córdoba en estos días grises, que, sin duda, os lo prometo, pasarán y corresponderá a cada uno cuestionarse qué hemos hecho mal.

Fragmento del artículo *Carta desde la última trinchera*,  
*Diario de Córdoba*, 2 de abril de 2020.

## Cuento del fin del mundo

Antaño pensaban que el mundo era de cerrado, redondo; pensaban que era uno.  
Un día el mundo se plegó.

Nadie en el firmamento estaba preparado cuando se quebró el horizonte.  
Una espina dorsal se abrió, dividida en vértebras pequeñas. Cada espina era un límite de imposibilidad.

Solo vivir en una burbuja de oxígeno durante sesenta días y tocar las manos vecinas permitía pensar en los cuentos del fin del mundo exterior.

Fin



### Quejío

Casi las ocho. Voy de camino al mirador. Me siento bajo uno de los arcos y escucho de repente:

*Clap clap clap*

Suenan las palmas. “Olé!”, ya casi oigo a un gitano y me pongo a imaginar el baile sincronizado, acompañado de una cantante que se queja de sus penas junto a los percusivos sonidos de manos. Pero estas no son como las palmas de vigoroso ardor de un tablao flamenco. Siguen sonando:

*Clap clap clap clap*

Tampoco como las de un concierto en el que, de un momento a otro, una fuerza misteriosa y unificadora hace que las palmas suenen al unísono: del caos se hace el orden. El público, como si tomara el lugar del concertista, se convierte en instrumento y transmite su mensaje de entusiasmo y satisfacción.

*Clap clap clap clap clap*

Pero estas palmas no. No hay ardor, tampoco entusiasmo. Estas resuenan con su melodía vacía por las calles, ahora también vacías. Reflejan esta individualización que sigue al aislamiento, y se mantienen en su caos de humanidad apartada y miedosa; una humanidad egocéntrica que aplaude a los suyos como si asistiera a un espectáculo. Espera que la música de las manos llegue a sus héroes, que trabajan para la restitución de la armonía cotidiana.

*Clap clap clap clap clap*

En el juego estruendoso de amor y odio que es la Historia, los humanos siempre han buscado enemigos entre ellos. Y ahora ha venido un enemigo invisible a desmontar la disonante prepotencia que nos aparta y desconcieta. ¿A quién vamos a culpar? ¿Sobre quién proyectaremos hoy el dolor de nuestra inaudible existencia?

*Clap clap clap clap*

Yo aplaudo a otro espectáculo, el que ofrece una madre amorosa y cruel que demuestra su poder y nos obliga a parar el metrónomo de nuestras vidas regladas. Ahora sólo nos queda el aislamiento, y una búsqueda acompasada, la primera, la más instintiva: la supervivencia.

*Clap clap clap...*

El sonido, junto a mi ensoñación, se va desvaneciendo. Dejamos nuestros asientos como si las cortinas se estuvieran cerrando. Más allá de esas paredes, el concierto sigue.

### Los monstruos

Los monstruos no agotan el papel higiénico del supermercado, no pierden el tiempo en bagatelas. No les interesa si la sopa es de *quirópteros*, *petáuridos*, *quelonios*, *pinnípedos* o *prototerios*.

Por el contrario, sus coetáneos subdesarrollados arramblan descontrolados con todos los víveres indispensables o superfluos que puedan adquirir en los comercios, contribuyendo a desencadenar el pánico más absoluto en el resto de la especie, que, preocupada ante un posible e improbable desabastecimiento, procede de igual manera al resto de sus semejantes, apoyando de esta forma la inconsciencia general.

Para estos sujetos, la sopa o *líquido destilado*, debe, en la mayoría de los casos, estar muy muy fría, de no ser así, la situación alcanzaría un punto de descontrol sin retorno. Estos seres, inhabilitados por la falta de fluido perderían el poco raciocinio que les queda.

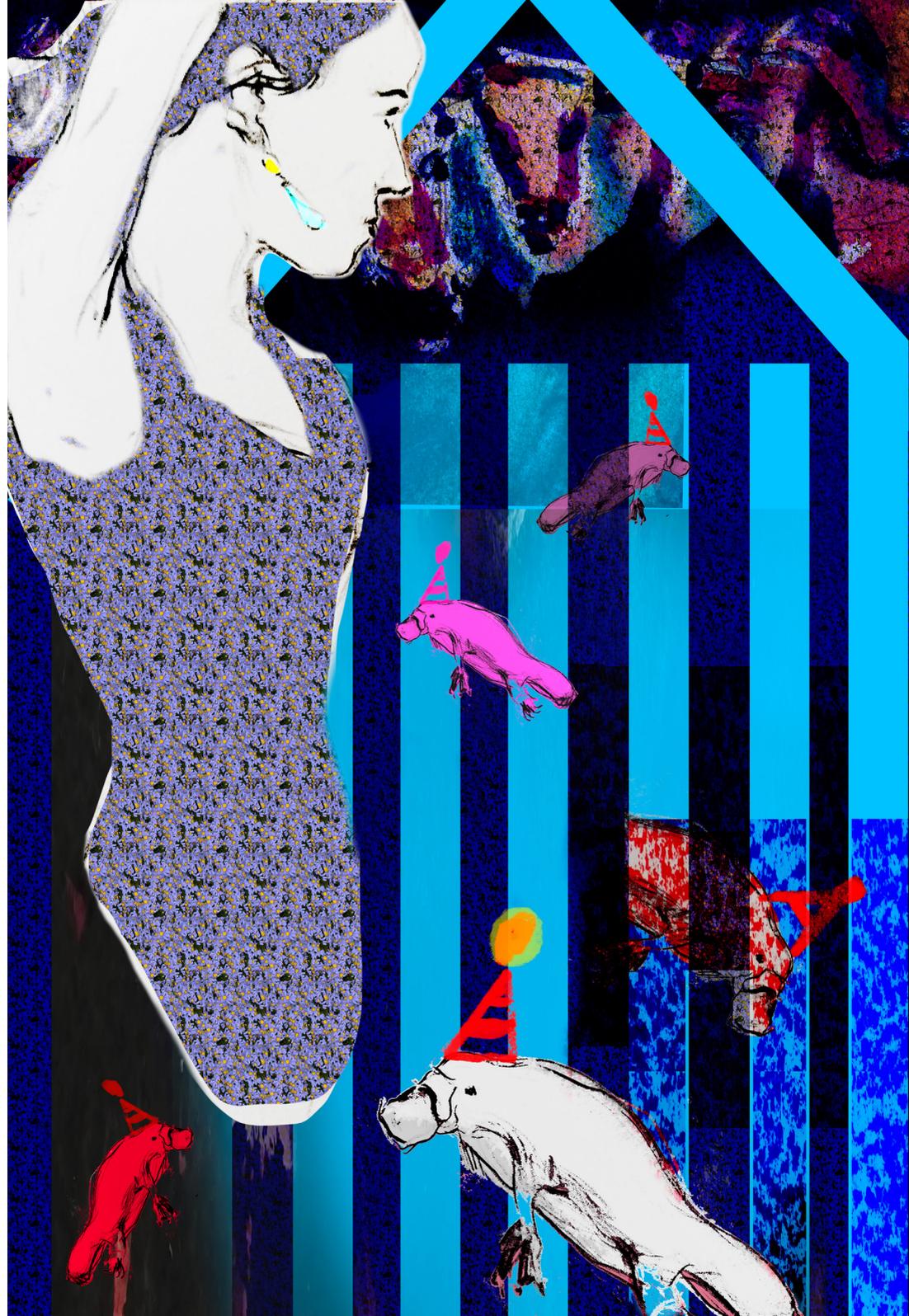
Los monstruos gestionan las crisis con sus propias jerarquías, no necesitan la dialéctica ni la demagogia, ellos no usan adornos discursivos: si quieren comerse a alguien lo hacen y punto.

La especie subdesarrollada prefiere, sin embargo, perderse en bucles mediáticos o políticos para hacer del festín final un evento popular donde el menú sea el mismo que al inicio del problema, manteniendo así la continuidad de la vorágine dramática nacional y anulando la opción de acuerdo por el bien común.

A los monstruos les encantan las fiestas, es por ello que disponen de un horario específico de salidas y espacios para no superponer sus celebraciones y asegurar así la salud general, impidiendo, por ejemplo, que los *pícidos* descuarticen a los *anélidos*.

Sus coetáneos, en un destello de ingenio, han decidido tomar ejemplo de dichas medidas; no obstante, en su ejecución práctica, muchos de ellos han apostado por el “total, no pasa nada” y “yo tengo cuidado, voy a salir igualmente”: se pueden imaginar cuáles serán los resultados derivados a largo plazo de tan sabias reflexiones.

Concluiré este breve texto diciendo que yo, personalmente, prefiero ser un monstruo.



### El viaje de las luciérnagas

Estaba en Portugal cuando se decretó el estado de alerta en España. Mis pasajes de bus de vuelta a Sevilla y de allí a Córdoba eran para dentro de dos días. Debí haber vuelto de inmediato, pero en Lisboa la vida seguía más o menos tranquila. Pequé de ingenua, pensé que no había que precipitarse, solo esperar esos dos días.

La mañana siguiente recibí un mensaje de la compañía de autobuses notificándome que se cancelaba mi viaje a Sevilla debido a la pandemia. Los siguientes autobuses hacia allá no saldrían hasta dentro de dos semanas. Contacté a Rodrigo, un amigo mexicano-gallego, para pedirle quedarme en su casa en lo que pasaba el estado de alerta, que en ese entonces estaba programado solo para quince días. Esa noche crucé la frontera norte entre Portugal y España. Ya en Galicia, tomé otro transporte a Ponteareas. Allí me reuní con Rodrigo y Sara, su novia. Después de hacer las compras en el supermercado, caminamos más de una hora por la carretera para subir a la aldea donde al final estuve refugiada casi un mes.

\*

En la estantería de Rodrigo y Sara había un ejemplar de la *Supervivencia de las luciérnagas*. En él, Didi-Huberman, a partir de textos de Pasolini, plantea una metáfora muy bonita: las personas que resisten en la noche del fascismo son como luciérnagas, cuyas luces intermitentes, erráticas, inaprehensibles, desvanecen por momentos un trozo de la oscuridad. No lo releí entonces, sino hasta que regresé a la Fundación y tuve que estar confinada una semana. Pensé que justo en estos momentos de crisis y de miedo, nos vendría bien ser como esas luciérnagas: seres capaces de colarse por las rendijas de esperanza que existen aún por muy abrumadora que sea la situación que vivimos. Seres amorosos, alegres, danzantes, que van al encuentro unos de otros.

\*

Debido a que no había autobuses de la aldea a Vigo por la Semana Santa, una vecina me llevó en su taxi. Tomé un tren a Santiago de Compostela, donde dormí una noche. Al día siguiente subí a un avión rumbo a Málaga. En octubre, cuando vine por primera vez

a España, pisé ese mismo aeropuerto, pero entonces estaba lleno de turistas alemanes y ahora vacío, oscuro y cerrado. Pasé la noche en otro airbnb. Y a mediodía del lunes 13 de abril, tomé por fin un bus a Córdoba.

La solidaridad sin condiciones me ha salvado en este viaje. Miraron por mí el personal de la Fundación, mis amigas residentes, mis amigos de Galicia y muchas otras personas. Estoy profundamente agradecida con quienes me dieron una cama, un plato de comida, un libro prestado, una sobremesa, un abrazo o el dinero para pagar pasajes y estancias. Sé que lo hicieron motivados por el cariño o al menos convencidos de que lo correcto era no dejarme a mi suerte. Yo me equivoqué y me disculpo por ello. Si estoy a salvo es gracias a la bondad de otros.

\*

Hay días buenos y días malos. Los malos para mí son cuando la aerolínea posterga mi regreso a México. Los buenos suelen ser los sábados. Ese día, mis residentes más queridas bailan, ríen, celebran y juegan en el claustro o en el salón. Como las luciérnagas de Didi-Huberman y Pasolini, en medio de una crisis, como mucha otra gente también confinada en sus casas, sus fiestas reivindican la alegría, la inocencia, lo frágil, lo fugaz, el amor, el cuerpo... Me han consolado y me han hecho fuerte. Las veo y pienso que cada acto que hacemos por bondad nos acerca más al mundo que soñamos no recuperar, sino construir. Espero seamos capaces de mostrar toda esta luz en otros espacios. Espero ser capaz de hacer por otros lo que han hecho por mí.

### Homo homini lupus

*Veíamos los aviones pasar por lo alto, to' los días, un 'ese' de aviones, de Granada pa' Murcia y Alicante y me daba un miedo que pa' qué. Me acuerdo una vez que me acosté tiritando, los dientes me... del miedo que pasaba.*

Rosa Bernabé Rozas, 17 de febrero de 2018.

Lo que mi abuela intentaba a voz rota relatar, era la amenaza de una guerra. *Guerra*, por definición, entre bandos de personas con voluntad de luchar y ganar. Quien empieza una guerra fija su objetivo, se arma de recursos, aumenta su fuerza, recluta, probablemente, a más personas que se aproximen a sus convicciones y se cohesionan en torno a ese elemento común que defender o tomar: una ideología, un territorio, una religión, una nación, meros intereses económicos... Es preferible observar con distancia al enemigo, deshumanizarlo incluso. Luchar contra otra persona sería difícil si no se olvidaran las semejanzas que comparten. Ver las diferencias parece ser más fácil que las similitudes. Nuestra conciencia de ser y nuestro afán de permanecer a toda costa juegan malas pasadas que en ningún momento de la Historia hemos superado, no hemos aprendido del pasado porque creemos que lo hemos dominado. Nos excusamos en que la Historia es cíclica por inercia. La verdad es que nunca lo fue. Cíclico es el comportamiento humano, cuando no tiene memoria.

Hoy, 10 de mayo, continúa el confinamiento estricto en la mayor parte de España. Desde esta burbuja que es la Fundación Antonio Gala sigo de fondo las crónicas de cada día que vaticinan una crisis económica derivada de las consecuencias de detener el país. No somos los únicos, y eso nos debe, más que consolar, hermanar con otros congéneres. El confinamiento es la medida principal que han adoptado la mayoría de los países afectados por este nuevo coronavirus. Es una situación excepcional, sobre todo para países tan poco acostumbrados a los acontecimientos extremos que tambalean su normalidad. La unión de los países europeos tras la Segunda Guerra Mundial nos aseguró una calma, unas libertades y un desarrollo que hoy el propio planeta se encarga de cuestionarnos. Posiblemente esta facilidad para sorprendernos

desde nuestro baluarte primermundista sea una de las razones por la que es necesario utilizar lenguaje bélico para persuadir a los encefalogramas más planos.

Desde hace unas semanas, he visto varias noticias de comunidades de vecinos que instan anónimamente a una de sus semejantes a abandonar su vivienda, por la nimia razón de ser un trabajador o trabajadora esencial en este estado de alarma. Otra noticia narraba cómo una médica se encontró su coche rallado y las ruedas pinchadas. En otro pueblo, los vecinos marcaron con pintadas la casa de una familia contagiada por coronavirus. Algunas viviendas y comercios de ciudadanos de origen asiático también han sido señalados con insultos racistas. O 'la policía de balcón', entre otros síntomas de egolatría y fragilidad patológica camuflada de aparente heroísmo. Conductas que se erigen sobre la malograda visión bélica de la pandemia; *batallas, héroes, enemigos* y demás eufemismos usados con significados que quedan muy lejos de lo que nos puede contar una persona que sí ha vivido una guerra. La proeza del confinamiento de sofá y TV dista mucho de la incertidumbre de si será ese avión que trepida sobre nuestra casa el que dejará caer su obús o no. Una crisis sanitaria no es una guerra y la cómoda referencia a algo parecido puede legitimar la percepción del contagiado o del que llega del exterior como un *enemigo*. Tenemos suficientes recursos al alcance para no caer en esta lógica polarizada y perpleja, solo tenemos que preguntar, escuchar y aprehender con responsabilidad, humildad y solidaridad.

*Lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non novit.*

Lobo es el hombre para el hombre, y no hombre, cuando desconoce quién es el otro.

Plauto, 254-184 a.C.

**Colombofilia**

Hoy una paloma se ha posado en mi ventana.

Me pregunto qué va a pasar con ella.

Me la imagino esperando en el parque sus migas de pan.

Me la imagino buscando una cara amiga al ver a alguien pasar.

Me la imagino volviendo a los campos, ahora abandonados,  
buscando cereal.

Me la imagino volando alto esperando alcanzar quizás las almas  
de los que se van.



Ocho meses. Cualquiera diría que en ocho meses te puede cambiar tanto la vida. Ocho meses llenos de ilusiones, risas, alegrías, chismorreos, discusiones, broncas, niñaterías, novedades literarias, miradores, fantasmas, monjas, patios de los niños muertos, catacumbas, cartas secretas, visitas, fecundaciones, Esther, Luis, semanas de Gala, Mezquitas de Córdoba, patronos, Pacos, ex-residentes, series y películas en versiones originales, naranjas, GLAMs, ladillas rusas, pankekes, té e infusiones varias, Medinas Azaharas, revistas, claustros, guantes de látex, mascarillas ffp3, desinfectantes ONDA, aplausos a las ocho y tantas cosas más. Ocho meses aquí son una vida paralela completa.

Hace ocho meses ponía por segunda vez el pie en Córdoba, en las piedras de este antiguo convento del Corpus Christi. La primera persona a la que conocí fue una maña blanquita con ojos de huevito tibio y, acto seguido, tras bajar las escaleras, una diplomática morena de ensortijado pelo. Con ellas, entre otras personas, y porque así se ha dado una promoción de rojos, putas, sudacas y maricones, he podido ser libre de pensamiento, palabra, obra y omisión, aunque no a todos les hayan gustado ciertos pensamientos, palabras, obras u omisiones.

Ahora, que ocho meses no tengo, siento que no he paseado lo suficiente, no me he perdido lo suficiente, no he salido, bebido, reído, follado, escrito, hecho deporte o disfrutado de la biblioteca lo suficiente. Haciendo meta-literatura fundacional y citando la carta que dejó para generaciones futuras Antonio Gómez (5ª promoción): "... el tiempo, esa cosa que inventamos los seres humanos para no asustarnos mucho al pensar en el pasado o en el futuro, funciona de una forma muy distinta aquí dentro."

Ahora llevan quedando tres semanas para el mes y medio final, y aun así no me lo puedo creer, es como ver una ola que sabes que te va a arrastrar, te va a engullir y te va a escupir de vuelta a Orihuela, por mucho que te dejes los brazos nadando a contracorriente. ¿Qué se puede hacer cuando no se puede hacer nada? Dejarse llevar. Y dejándome llevar me paso los días escuchando canciones tristes para regodearme en mi nostalgia del futuro con cuadros de ansiedad y durmiendo, mientras intento terminar los mil proyectos que llevo a cuestas. Pero, aun viendo el final, irremediable, asomarse cada vez más, puedo decir que:

—Hoy soy más YO que nunca. Mañana, ya veremos—.

## Coincidencia

El sueño más común entre los entrevistados esta cuarentena ha sido el siguiente:

*Rece una nena ante un cura.*

*Ana encanuta una nana, canta aérea, cae ante un catre, nace una cana. Catee trece, cuarenta, encurte carne en arena.*

*Renacen en ruta, un tucán recuenta: un tren trae una carta turca, en una nuca reta a una centaura.*

*Una rata unta té en una cuneta. Entra un canto nácar entre cuarenta.*

*Una enana acentúa tenue una cata cutánea, cura cauta una recta. Era atea. Un cura, René, rece en trena. Una tuna canta.*

*Nene, nena: tener, acertar, nunca cura un ente en terna. Una tarea curte; tener acné curte. Una nuera tunea una cantera entre un centenar.*

*Nunca creen en tan cutre arte: actuan, acentúan, cuentan. Eran trece.*

*Unen un acre a un aura. Atan una arenca a un anca, a una cuna. Aran, retan, reunen en un arca.*

*Tú: ten cera, actúa. Cena atún y crea. Nacer une.*

*Acertar. Tan terca acta actuar, trace recta una renta. Cure y nutra.*

Sobre este sueño, los entrevistados afirman que todo tiene que ver con la cuarentena. Que no saben dónde está la relación, pero que la perciben.

### Despedirse del mundo

No sé qué era la normalidad antes y si tenía sentido como concepto. Mi normalidad desde hace siete meses es algo que jamás podré decir que fue normal: no puede serlo cuando sentada en la ventana de tu cuarto alcanzas a ver la Mezquita y cuando tu único deber del día es sentarte a escribir poemas. Ojalá esa fuera siempre la vida normal.

\*

El morbo de las personas que me buscan en México para saber cómo están las cosas en España contrasta con la realidad idílica que hemos construido en este claustro. Nuestras actividades se parecen tanto a la vida *online* que casi nada ha cambiado. Eso me aterra. Las fiestas siguen por Zoom (qué aberración) y el teletrabajo se hace desde la sala y la vida no para. No puede detenerse cuando están todas las plataformas digitales disponibles con el clic de un dedo.

\*

Detesto el falso positivismo, la orden de ser feliz que tanto inunda las redes sociales. Aquí no tengo por qué usar mi teléfono, ni leer las noticias si no quiero hacerlo y eso es una ventaja que pocos poseen. El privilegio de la ignorancia cobra factura: intercambio las noticias y estadísticas por la saturación de *lives* en Instagram y tutoriales. Cómo aprender a cocinar sin entrar a la cocina. No quiero vivir en la realidad distópica que el coronavirus evidencia: sin soltar el celular, sin desconectarme de la computadora, sin ser capaz de aguantar un momento de ocio sin WiFi. Quiero estar siempre en este escritorio frente al naranjo y el ruido del agua y su cloro corriendo en la fuente. Mientras escribo siento cómo voy perdiendo esta fantasía: una sencillez que ya me habían arrebatado antes de la pandemia a cambio de una vida inmediata y capitalista, ¿qué tan caro lo estamos pagando?

\*

Para extrañar ya tenía mucha práctica. Aquí dentro no extraño a nadie, debo ser de las únicas que está más feliz desde que no salimos. Quizá extraño a Mambrú

buscándonos con algo más instintivo que la mirada, ofreciendo el lomo como un gesto de cariño. Temo perder la empatía por el mundo exterior, temo que mi felicidad por el confinamiento dentro de un palacio como éste sea mucho más grande que mi entendimiento de las muertes que, como avalancha, arrasan en los hospitales. Claro que quiero abrazar a mis seres queridos pero no quiero que las redes sociales me digan que debo hacerlo. ¿No es raro que nos inciten a querernos más, llamarnos más, aprender un idioma o hacer yoga? ¿A escribir un libro? Qué ironía. Me pregunto qué diablos estábamos haciendo antes del coronavirus.

\*

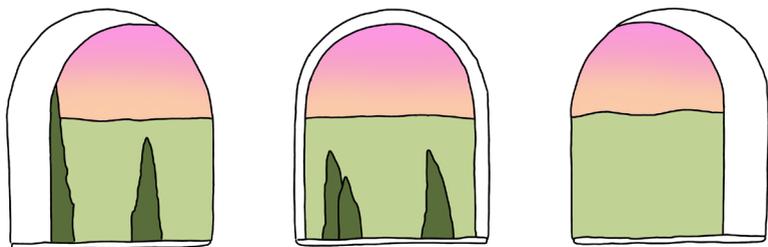
Leo el diario de Mariana Enríquez sobre la pandemia: *es como si me estuviese despidiendo del mundo, este es un estado de duelo. Pero no sé bien qué ha muerto*. A la quinta semana lo reconozco: han muerto los planes que hice antes del 14 de marzo. Las ciudades que planeaba conocer, los libros que quería escribir. No sé qué más ha muerto pero vivo todas las etapas del duelo. Negación. Siete meses no son suficientes. No puede acabarse este sueño. Ira. Quizá una parte de mí muera cuando cierre la puerta de Ambrosio de Morales y tome mi avión. Negociación. Algo de mí se quedará siempre con estas personas y estos espacios seguros que me transformaron en una mujer más cercana a mí misma, más cercana a lo vivo en mi vientre y en mi voz. Aunque eso no tenga sentido. Aunque parte de esa mujer vaya a quedarse mirando siempre por la ventana de la veinticuatro escuchando las campanas. Depresión. Tengo demasiadas preguntas y miedo del virus que se apodera de la calle y de mi futuro después de mayo. Aceptación. Esto debe ser despedirse del mundo.

\*

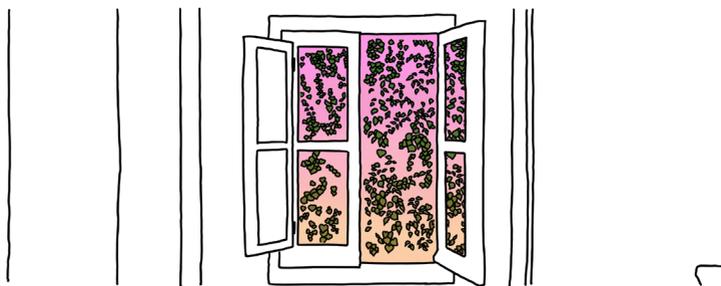
Aquí dentro podemos abrazarnos todavía. En este convento la escritura no es solo otra línea negra y difícil: es un hechizo. Y es también casi profético el sello que han puesto todas sobre mi corazón. Antes mi normalidad no era conjugar en pretéritos perfectos y ahora lo es. Lo seguiré siendo a veces.

**Panorámica de la Fundación Antonio Gala**

Me pregunto si no fue creado este lugar precisamente para hacer vida mientras fuera acecha una pandemia mundial.



Resulta difícil encontrarse con el magnetismo de la situación desde mis circunstancias. ¿Debo sentirme mal si he llegado a experimentar una suerte de alivio desde que se decretó el estado de alarma? ¿Es inconsciencia? ¿Soy una insensible si atiendo exclusivamente a lo que he padecido durante el confinamiento? ¿O todo lo contrario? Quizás el sentimiento de privilegio de encerrarme en un lugar como este sea superior a la pena por el propio confinamiento, por la situación mundial o por los miles de fallecidos. Qué egoísta, pero me creo realmente incapaz de generar nuevos sentimientos, aquellos oportunos para la situación, esa situación invisible para mí.

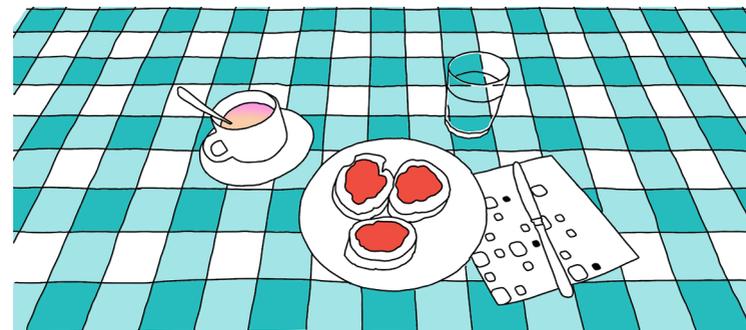


En el momento en que el confinamiento se hizo real, los límites se multiplicaron y el espacio y las posibilidades disminuyeron, y no fue difícil encontrarme a gusto dentro de los nuevos márgenes, más libre incluso. Como si al acotar la realidad, hubieran despavorido un montón de compromisos, de obligaciones, dejando entrar a su vez otro montón de horas que con gusto rellenaría.

Tiempo regalado a la fuerza y posibilidades arrebatadas. Como darme alas y a cambio colocarme un techo con el que tropezar. Y yo tan feliz (de aprenderme cada uno de los rincones de la habitación que se me impone).



Fueron los primeros sentimientos reales ante la nueva situación. Ya acostumbrada, nuevas obligaciones y nuevos compromisos brotan dentro de los límites actuales. El tiempo que había sido regalado me parece ahora insuficiente.



Y conforme se acerca el momento de marcharse, la incertidumbre en cuanto al número de días que faltan para que la situación vuelva a la normalidad queda totalmente desvanecida por la evidencia de los pocos días que nos quedan aquí dentro. Del momento de despedirse con la certeza de no volver a vernos para desayunar.

Editado por:  
Fundación Antonio Gala Para Jóvenes Creadores  
Decimoctava promoción 2019/20

Creado y dirigido por:  
Estefanía Arista

Diseño y maquetación por:  
Ana Pavón Porras

Portada:  
Esther Villaescusa Alonso

Participan:  
Elvira Susín / Alba Lorente Hernández / Juan Domingo Aguilar / Lucía Tello /  
Paloma Pitaya / Paula Sánchez Benito / Alejandra Retana Betancourt / María Rosa  
Aránega / Rosa Aguilar / Borja Moreno Martínez / Carmen Rotger Ordóñez /  
Estefanía Arista / Ana Pavón Porras

